

## EL ARTE MILITAR MEDIEVAL: UNA MIRADA DESDE EL SIGLO XI

The medieval military art: a view from the XI century

José Antonio Soto Rodríguez  
Universidad de Concepción  
Magister (c) en Historia  
joseantoniosoto@terra.cl

**RESUMEN:** Este artículo presenta algunas de las características más sobresalientes de la guerra europea durante el siglo XI, tanto en lo técnico como lo humano, las cuales son representativas del arte militar a lo largo del período posterior a la conquista normanda de Inglaterra y anterior a las campañas de la Guerra de los Cien Años. Se trata de mostrar los principales elementos bélicos presentes en los siglos finales del Alto Medioevo dentro del espacio centroeuropeo.

**PALABRAS CLAVE:** Edad Media —Castillos —Armaduras —Caballería —Feudalismo —Guerra —Asedio —Fortificaciones —Arqueros.

**ABSTRACT:** This article displays some of the most excellent characteristics of the European war during XI century, as much in the technical as the human, which are representative of the military art throughout the period subsequent to the norman conquest of England and previous to the campaigns of the Hundred Years' War. One is to show the main present warlike elements in the final centuries of the High Middle Ages on the Central European space.

**KEYWORDS:** Middle Ages —Castles —Armours —Cavalry —Feudalism —Warfare —Siege —Fortress —Archers.

### DESARROLLO Y DISCUSIÓN

Si se mira a la Edad Media desde los puntos de vista político, social y económico, no se le puede sustraer de su estrecho vínculo con la práctica de la guerra, que no sólo conformaría el carácter altomedieval, sino también construiría una serie de paradigmas perdurables hasta el advenimiento de la pólvora en los campos de batalla. Establecido así un *modus vivendi*, evolucionado desde que los pueblos germanos, guerreros naturales, adoptaran las técnicas romanas de combate campal, aportándoles su impronta distintiva, donde incluirían desde lo táctico a lo estratégico, el estilo bélico del Medioevo tendrá las características propias de su tiempo y de quienes lo practicaron, ofreciendo un enorme capítulo en la dialéctica humana del combate armado. Así, los siglos medievales nos presentan un panorama que no podría repetirse de nuevo en la historia europea, pues está caracterizado por la presencia secular de la práctica bélica, no sólo como instrumento político, el cual es por definición, sino por su carácter modelador de la sociedad, más que en cualquier otro momento histórico. Según esto, el hombre medieval sería un guerrero en muchas formas y fondos, puesto que el fenómeno bélico, en su expresión total, jamás ha sido selectivo respecto a las condiciones sociales o humanas de sus protagonistas. En aquel proceso, los guerreros lucharían por la fe, el poder, el honor, la riqueza, la fama,

etc., creando con ello ciertos modelos militares que se nos muestran en múltiples expresiones, tangibles e intangibles, permitiendo con ello dar una mirada a un tiempo de singulares matices. La época post carolingia, en plena definición de un nuevo mundo cristiano con raíces germánicas, más los usos y costumbres feudales, hizo posible la aparición de un carácter bélico representativo del centro y norte europeo, sujeto más que todo, a la volatilidad propia de las presiones políticas dentro de espacios poco definidos, que a verdaderas amenazas externas contra una cristiandad, cuyas fronteras del este y penínsulas meridionales eran las zonas realmente críticas.

En especial durante su primera etapa, y tomando como referencia el siglo inicial del primer milenio cristiano, se observa en la evolución de sus fortalezas y batallas cómo fueron sintetizándose los caracteres de la guerra organizada y dinámica del Imperio Romano y las tradiciones militares provenientes de los sistemas tribales germánicos, luego articuladas bajo las rígidas jerarquías del sistema feudal, que crea con ello modelos bélicos presentes en el arte militar por cientos de años, inalterables hasta el advenimiento de las armas de fuego, expresándose en la importancia táctica de la caballería y los arqueros, hasta el impresionante poder que desplegaban las tropas de infantería en campo abierto, o la habilidad demostrada en la estática guerra de asedio. De este irrepetible panorama se puede obtener una perspectiva de análisis en torno al período altomedieval, guerrero por antonomasia, tan rico en imágenes y testimonios perdurables hasta hoy. Surgirán de él estilos de vida y conductas sociales suficientes para definir a la sociedad europea en lo general y particular; con ello queda demostrada la enorme transversalidad de lo bélico en un mundo cambiante, muchísimas veces modelado según preceptos violentos, en ocasiones enunciados de manera directa, y en otras siendo simplemente el resultado de la propia costumbre.

## **Una Mirada al Siglo XI**

Avocarse al estudio de la guerra medieval, tanto en su totalidad espacial y cronológica, como hacerlo en la particularidad de sus casos, encierra dificultades a nivel local debido, más que al escaso interés por el tema, a una escasa promoción de este eje temático, obra del mundo académico europeo, secularmente inclinado por otras áreas de estudio como la sociedad, política, religión y arte medieval. Sin embargo, aunque recientes, no son dignos de omisión los estudios realizados en lo teórico y práctico del sistema bélico de la Edad Media. Y al observar detenidamente esto último, que también es denominado cultura militar, se distinguen conceptualmente las características más notables en las expresiones militares medievales, que han sido estudiadas solamente por europeos hasta el momento, cuyos trabajos más rigurosos y sistemáticos, comienzan a aparecer recién en el cuarto final del siglo XX, con la renovación de las investigaciones en torno a la historia de la guerra, apareciendo nuevas perspectivas al respecto, cuestión que ha significado toda una revalorización dentro de este campo. De esta producción, uno de los volúmenes más autorizados, de origen francés y traducido al español, es “La Guerra en la Edad Media” (Presses

Universitaires de France, 1980), de Phillippe Contamine, pequeño tratado sobre el tema, desarrollado con gran erudición en esta materia y consulta sine qua non para quien pretenda investigar u orientarse en todo lo referente al arte, estrategia, táctica, tecnología, milicia y marco jurídico, circunscritos a la guerra europea del siglo V al XV d.C.; un buen complemento a este trabajo es “Ejércitos y Actividades Guerreras en la Edad Media Europea” (Arco Libros, 1998), cuyo autor es el Profesor Francisco García Fitz, de la Universidad de Extremadura, España, significando su obra una excelente referencia en este tipo de investigaciones, además, es de los pocos libros, publicados directamente en castellano y que aborda con un sentido eminentemente técnico los matices característicos de las prácticas guerreras medievales. Si se quiere apoyar el trabajo anterior con otra bibliografía reciente, es muy útil el título “Historia de la Guerra en la Edad Media” (Oxford University Press, 1999). Se trata de una investigación muy bien informada y elaborada, con base en los trabajos de varios catedráticos europeos,<sup>1</sup> y tiene igualmente el mérito de haberse realizado a fines de los '90, casi veinte años después de publicado el texto original de Contamine mencionado sobre estas líneas, lo que le da una visión mucho más madura, múltiple y contemporánea del desarrollo militar durante el Medioevo, integrando también todos aquellos elementos inherentes al carácter guerrero de esa sociedad y de los individuos involucrados. Otro gran aporte proviene de Jean Flori, a través de su libro “Caballeros y Caballería en la Edad Media” (Hachette Littératures, 1998), abordando la importancia de las tropas montadas en el combate medieval, a través de los aspectos técnicos, sociales, políticos e ideológicos propios de la guerra caballerescas y el importante rol desarrollado por las fuerzas de caballería. Existen también obras mucho más recientes que ilustran detalladamente los ámbitos prácticos y técnicos del mundo militar medieval, a saber: “Atlas Ilustrado la Guerra en la Edad Media, 7681492” (Akal Ediciones, 2001), escrito en conjunto por el profesor e historiador militar inglés Matthew

---

<sup>1</sup> El texto está integrado por los siguientes capítulos independientes: I. Introducción: la guerra y la Edad Media, Maurice Keen; Profesor de Historia Medieval, Balliol College, Oxford. II. La guerra carolingia y otoniana; Timothy Reuter, Profesor de Historia Medieval, Universidad de Southampton. III. Los vikingos, Howard. B. Clarke; Profesor de Historia Medieval, University College, Dublín. IV. Una era de expansión c. 1020- 1204; John Gillingham, Profesor Emérito de Historia, London School of Economics. V. La guerra en los pueblos latinos del este; Peter Edbury, Catedrático de Historia, Universidad de Gales, Cardiff. VI. La guerra en Europa. 1200-1320; Norman Husley, Profesor de Historia, Universidad de Leicester. VII. La época de la Guerra de los Cien Años; Clifford J. Rogers, Profesor adjunto de Historia, United States Military Academy, West Point. VIII. Fortalezas y asedios en Europa occidental c. 800-1450; Richard. L. C. Jones, Investigador, Sociedad Arqueológica de Sussex. IX. Armas, armaduras y caballos; Andrew Ayton, Profesor titular de Historia, Universidad de Hull. X. Mercenarios; Michael Mallett, Profesor de Historia, Universidad de Warwick. XI. La guerra naval después de la era vikinga; Felipe Fernández Armesto, Miembro de la Facultad de Historia Moderna, Oxford. XII. La guerra y los no combatientes en la Edad Media; Christopher Allmand, Profesor emérito de Historia Medieval, Universidad de Liverpool. XIII. Armas, de fuego, pólvora y ejércitos permanentes; Maurice Keen, Profesor de Historia Medieval, Balliol College, Oxford.

Bennett y Nicholas Hooper, reputado investigador y catedrático británico; complementario al anterior es “La Guerra en la Edad Media” (Akal Ediciones, 2010), editada por M. Bennett y coescrita junto a otros diez investigadores. De este mismo autor y otros especialistas es el volumen “Técnicas Bélicas del Mundo Medieval, 500 – 1500 d. C. Equipamiento, Técnicas y Tácticas de Combate” (LIBSA, 2007). El trabajo de fuentes y la riqueza de imágenes e ilustraciones los convierte en indispensables textos de referencia.

Pasando a los antecedentes más generales, el especialista en invasiones bárbaras y germánicas, Lucien Musset, ofrece valiosos antecedentes sobre los usos y costumbres militares de pueblos como los normandos, magiares, sarracenos, eslavos, etc., en su trabajo titulado “Las Invasiones, el Segundo Asalto a la Europa Cristiana (siglos VII-XII)” (Presses Universitaires de France, 1967), presentando al guerrero altomedieval como parte integrada de una sociedad organizada, en un tiempo determinado y con un propósito definido, más allá de ser una pieza cualquiera en el sistema de combate característico de los primeros siglos del segundo milenio cristiano, algo muy propio de los libros mencionados anteriormente, cuyo carácter, como se ha dicho, es eminentemente técnico. La realidad europea es igualmente ilustrada en la obra de Robert Bartlett “La Formación de Europa. Conquista,



Escena del Tapiz de Bayeux, o de la reina Matilde, que ilustra el clímax de la batalla de Hastings, mostrando el choque entre la caballería pesada del ejército normando y una muy compacta y protegida infantería anglosajona.

Civilización y Cambio Cultural, 950-1350” (Allen Lane, 1993), si bien aborda temas ya indicados en la bibliografía descrita, ha dedicado un capítulo completo a la tecnología militar y su vinculación directa con el poder político, lo que ciertamente marca uno de los principales ejes en torno a los que giró el sistema bélico de la Edad Media.

Abordar la guerra y sus elementos materiales y humanos, en un siglo meridiano del período medieval, obliga a describir y analizar los aspectos de un género de guerra que compromete a hombres y máquinas, alternado con los equilibrios de poder, las amenazas a la Cristiandad, etc., en un mundo que vive una muy estrecha dependencia de los procesos bélicos, por tanto lo inicial en esta aproximación es posar la mirada en los protagonistas; es describir al guerrero europeo del siglo XI como un individuo que combate a otros con determinadas armas y de una particular manera, siendo el resultado de un pasado que sintetizó elementos multiculturales y permitió el desarrollo de un tipo específico de guerra, representada en la demostración táctica que se observa de formas dramáticas a través de una fuente gráfica tan notable como el Tapiz de Bayeux, cuyo valor está dado fundamentalmente no

tan sólo por mostrar el fragor de una batalla altomedieval, como el típico conjunto de combatientes en bandos opuestos cargando furiosamente unos contra otros; también está la riqueza de detalles que se reconocen en tan particular pieza textil; de igual modo, el dinamismo en las escenas del bordado permite dar una idea bastante real del momento bélico que confrontó a normandos y anglosajones en las colinas de Hastings,<sup>2</sup> al sur de Inglaterra, donde se manifiestan plenamente aquellos elementos militares clave, que solamente desaparecerían del teatro militar europeo con la revolución tecnológica de la pólvora, a partir del siglo XIV.

“...Consta de varias piezas de tela unidas entre sí y mide 50 centímetros de alto por 70,34 metros de largo. Falta la parte final y podemos suponer que originalmente abarcaba algunos metros más. El lino está bordado con hebras de lana en ocho colores. Se desconoce quién hizo los dibujos de muestra y quién ejecutó los bordados, pero posiblemente fueron monjas. Lo único que se sabe a ciencia cierta es cuándo y dónde se mostró por primera vez: el 14 de julio de 1077 en la nueva catedral de Bayeux, una pequeña ciudad de Normandía. [...] Dos cenefas bordadas se extienden a lo largo del tapiz enmarcando la narración. Aparecen llenas de animales simbólicos sin ninguna relación directa con la situación representada. Sólo de vez en cuando se encuentran excepciones como en las escenas de batallas en las que se pueden ver cadáveres desnudos y mutilados en la cenefa inferior. [...] Pese a la gran esquematización, el tapiz ofrece un gran número de detalles documentales: la forma de los escudos, las espuelas de los jinetes o los fustes de las sillas de montar [...] Y como la historia siempre la escriben los vencedores, los normandos decidieron documentar la conquista de Inglaterra con el Tapiz de Bayeux. Colocado en la iglesia del obispo que habría de convertirse en un hombre poderoso en Inglaterra, servía de justificación y propaganda. Si la calidad y la importancia de la obra son extraordinarias, también resulta sorprendente que haya conseguido superar 900 años de pruebas: la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, las numerosas destrucciones de la catedral, las luchas entre calvinistas y católicos y, finalmente, la Revolución de 1789...”<sup>3</sup>.

Habida cuenta que la capacidad militar de los guerreros en cualquier época o lugar está dada por el alcance de sus armas, conjuntamente con la destreza que ellos muestren en su manejo, a lo largo de la Alta Edad Media la ausencia de propulsión química de los proyectiles les hacía depender exclusivamente de medios mecánicos y su propia fuerza para impactar a sus adversarios. En el siglo XI lo más eficiente en esta categoría de armamento era el arco junto a la ballesta,

---

<sup>2</sup> La Batalla de Hastings (14 de octubre de 1066), fue la culminación de la conquista de Inglaterra por las fuerzas normandas. Su líder, Guillermo Duque de Normandía, más tarde conocido como el Conquistador, luego de vencer a Haroldo II, soberano anglosajón, se coronaría rey de Inglaterra, poniendo fin a la dinastía sajona. Véase, CHESTERTON, G. K. 1960. Pequeña Historia de Inglaterra. Buenos Aires; LOCKYER, Roger, SMITH, David, THORN, John. 1962. Historia de Inglaterra. Santiago; GRAVETT, Christopher. 1994. Hastings 1066. Madrid.

<sup>3</sup> HAGEN, Rose-Marie & Rainier. 2005. Los Secretos de las Obras de Arte, Tomo I. Colonia. pp.20, 24, 25.

seguido por las hondas y las jabalinas, éstas últimas diferían considerablemente de las otras armas por su evidente limitación de alcance. La ecuación precisión/distancia terminaría por dejar en una notable ventaja a los arqueros y ballesteros,<sup>4</sup> los primeros aprovecharían la versatilidad y simpleza de sus longbows, y en algún momento llegarían disparar más de doce flechas por minuto a una distancia cercana a los 150 metros, rendimiento comparable, proporcionalmente, con el fusil de repetición en tiempos de la guerra industrial. Encima, eran una fuerza táctica móvil, que como masa podía adoptar cualquier forma indicada por su comandante. Desde las colinas de Hastings hasta el llano de Agincourt quedó demostrado su poder.

Plantearse con seriedad y profundidad un tema como el descrito, encierra el gran desafío de superar las limitaciones bibliográficas y el acceso a las fuentes que el investigador nacional encuentra respecto a la Edad Media en sus aspectos militares. Esto no es un fenómeno reducido solamente a Chile. La oposición a estudiar los acontecimientos con un sentido narrativo, en beneficio de analizar procesos estructurales, contribuiría en Europa a relegar dentro de un plano menor toda iniciativa tendiente a una historia militar de carácter académico; concretamente, bajo la influencia de grupos emergentes como la Escuela de los Anales, la Historia Social anglosajona y la historiografía marxista, a partir de la década de 1940. Conviene aclarar que el concepto de historia militar como disciplina o corriente historiográfica, técnicamente no se podía aplicar a los trabajos civiles o militares al respecto, pues sólo se trataba de estudios totalmente descriptivos, concentrados en algunos episodios sobresalientes y personajes de cierto relieve. No existió esfuerzo alguno para tratar la guerra como un fenómeno histórico en una escala de alcances más amplios. Hasta ese entonces la historiografía castrense era sólo funcional al estudio de las grandes batallas de toda época y sus generales más destacados. Pero toda utilidad en ella nunca fue tanta para el historiador como lo era para el militar, quien debía aprender de los enfrentamientos bélicos del pasado. Esta afirmación se comprueba en Alemania, Francia e Inglaterra, donde la tradición militar exige un reconocimiento y revisión permanente de los hechos de armas, como elemento legitimador, aglutinante y motivador de sus ejércitos en una forma, y estímulo civil nacionalista en otra.

Naturalmente, el efecto de esto se hizo notar en Latinoamérica y Chile, donde se percibe claramente la falta de acercamiento directo al

---

<sup>4</sup> Ambos instrumentos de combate representaban una combinación de letalidad y precisión sólo equivalente a la fusilería moderna, pero cada uno presentaba limitaciones específicas. El arco largo inglés, cuya longitud equivalía a la estatura del arquero, era tensado con una simple cuerda de lino y se hizo célebre por su uso masivo y bajo costo, sin embargo requería de una fuerza y destreza sólo posible a través del constante entrenamiento. La ballesta, de mayor alcance y potencia, significaba un mayor costo y complejidad mecánica por cada unidad. Al estar compuesta por varias partes exigía una mantención especial y su peso, que superaba en más de diez veces al arco, le hacía incómoda de disparar, aunque lograr tiros certeros demandaba una menor práctica. La infantería y los caballeros franceses se caracterizaron usándola. Véase, CONTAMINE, Philippe. 1984. *La Guerra en la Edad Media*. Barcelona, y KEEN, Maurice (Editor). 2005. *Historia de la Guerra en la Edad Media*, Madrid.

tema por parte de investigadores nacionales, los cuales, como ya había ocurrido con sus referentes del Viejo Mundo, han seguido los preceptos de vanguardia, olvidándose del fenómeno bélico en su esencia más pura: el combate, las armas, los guerreros, las tácticas, etc., piezas articuladoras de una estructura mayor y compleja, extensa y múltiple. Aun así, existen aproximaciones a este ámbito y ha de reconocerse un aporte hecho al respecto por el medievalista Luis Rojas Donat, en su artículo “El Hombre Medieval y la Guerra: Aproximación”<sup>5</sup>, quien con mucha claridad y erudición expone tanto los aspectos jurídicos como los técnicos de la guerra en tiempos medievales, siendo notable la síntesis lograda al describir los variados factores que convergen al analizar tan complejo tiempo en la evolución militar de Occidente. Recoge la diversidad de elementos presentes en la generalidad y particularidades, identificando a la guerra como una realidad presente, permanente y continua del Medioevo.

“...Y ello tanto más cuanto que la guerra medieval fue todo un mundo en sí mismo, en el que se encontraban implicados tanto el derecho canónico como las inscripciones propiciatorias sobre las espadas, la técnica para fabricar una herradura, como el arte de cuidar las heridas, el empleo de las flechas envenenadas y la forma de alimentación recomendada a los combatientes...”<sup>6</sup>.

Philippe Contamine, erudito en este tema, y uno de los pocos autores realmente documentados al respecto, es claro en este pasaje, al indicar que la guerra medieval fue un mundo en sí mismo, exponiendo también parte de los muchos ámbitos que abarcó como fenómeno histórico. Y, necesariamente, toda obra que desee hacer un estudio serio en este aspecto, ha de tener en cuenta las implicaciones indirectas del complejo sistema militar expuesto, así como las líneas tangenciales que derivan del mismo. La guerra medieval no se reduce a la figura permanente del castillo feudal, emplazado en alguna colina de la campiña europea, cruce de caminos o farallón, dominando material y socialmente a una comunidad agraria sometida a un señor, o ilustrada en la imagen cabaleresca por excelencia del guerrero de justa, dentro de su pesada armadura de hierro, luciendo blasones y valor en coloridas batallas cortesanas.<sup>7</sup> La proyección del concepto es mucho mayor, con un desarrollo de varios siglos, en un múltiple escenario territorial y cultural, que se irá modelando según las influencias adquiridas a través

---

<sup>5</sup> Esto corresponde a una conferencia dictada por el autor en el ciclo “El Significado de la Guerra en Algunos Momentos de la Historia”, organizado por la carrera de Historia y Geografía del Instituto Profesional de Chillán, los días 5 y 6 de mayo de 1988. Véase REVISTA TIEMPO Y ESPACIO. 1990. Chillán, Chile. 1: 19-34.

<sup>6</sup> CONTAMINE, Philippe. 1984. *La Guerra en la Edad Media*. Barcelona. p. 7.

<sup>7</sup> “Esos torneos muestran tres rasgos principales que hablan de su especificidad: un aspecto utilitario de entrenamiento para los combates reales de la guerra; una dimensión lúdica que hace de ellos un juego y a la vez un deporte de profesionales cuyo objetivo no es matar, sino vencer por la gloria y por el beneficio, y un carácter festivo, que los convierte en un espectáculo bastante codiciado para un público numeroso y entusiasta. Esos tres elementos unidos exaltan y consolidan los valores propios de la caballería, y contribuyen de ese modo a la formación de la ideología cabaleresca...” Comentario de FLORI, Jean. 2001. *Caballeros y Caballería en la Edad Media*. Barcelona. p. 132.

del permanente contacto entre pueblos invasores y otros defensores de la cristiandad latina; ocurriría lo mismo al relacionarse militarmente aquellos ejércitos cristianos dentro de Europa. Si quiere comprenderse esto, es conveniente tener en cuenta que hubo un constante contacto bélico tanto en las fronteras exteriores del *Orbis Christianus* como al interior de éstas, de forma que la guerra es externa y al mismo tiempo doméstica.

Esto es el carácter global que alcanzaría la guerra medieval, el cual se hará dicotómico en su práctica directa, quedando definido en dos formas de combate distintas, someramente expresadas en un párrafo anterior, cuando se hace la referencia a las fortificaciones y al guerrero ecuestre. Ambos ejemplos son una representación de las expresiones militares más características de la Edad Media, como fueron el asedio de las fortalezas feudales o ciudades amuralladas, un tipo de lucha estática, persistente y a largo plazo, que lograba vencer al enemigo por desgaste, amenaza o presión psicológica, necesitando de un despliegue más técnico que táctico, donde resucitaría el uso griego y romano de todo un género de máquinas militares, destinadas a abatir muros y someter sus guarniciones. En cuanto a la representación de los soldados a caballo, ellos no sólo fueron la demostración de la movilidad del combatiente en los campos de batalla del Medioevo, también eran una muestra directa de cómo estaba construida la sociedad de esa época, basada en el poder territorial de una aristocracia militar que no combatía a pie, demostrando con ello su estatus social lleno de privilegios y riquezas, el cual les permitía luchar montados,<sup>8</sup> excluyéndose de los combatientes de infantería, tropas que pese a su gran número, no lograban ser decisivas hasta inicios del siglo XIV, quedando relegadas a un rol meramente auxiliar. Este elemento táctico masivo, voluble y heterogéneo, representó siempre la mayor cantidad de efectivos puestos en combate abierto, sin embargo, durante el período altomedieval no se les puede asignar un valor tan determinante en batalla, ya que la caballería pesada mantenía aún un rol de fuerza élite, tanto por su efectividad táctica, como por su origen social.

“El esplendor de la caballería comienza en el siglo XI con la “revolución feudal”, que algunos historiadores prefieren llamar “revelación feudal”, poniendo así de relieve los elementos que permanecen y que, en la sociedad medieval, prevalecen ampliamente sobre los elementos nuevos, de cambio o de mutación. En este sentido, la fuerza principal son los castillos y sus milites. A lo largo del siglo XII, la caballería triunfa mientras que los principados, y después la monarquía, adquieren nuevo vigor al apoyarse precisamente en las fortalezas y en la caballería, valores ineludibles que tratan de dominar, de domar o al menos de poner a su servicio. Durante ese tiempo la caballería ha ido adquiriendo una ética, una ideología, y sus aspectos sociales se han ido

---

<sup>8</sup> “... Los caballeros, que constituían tanto un medio social como profesional, seguían formando el núcleo de los ejércitos. La mayor parte de los príncipes hubieran hecho suyo el juicio de Federico II: “La brillantez del Imperio y nuestro propio poder residen especialmente en la multitud de caballeros”. Todavía a finales del siglo XIII, estaba extendida la idea según la cual cien caballeros tenían un valor equivalente al de 1000 hombres de a pie”. En CONTAMINE, Philippe. Op. Cit. p. 86.



consolidando: ser “caballero”, tanto o más que una función o que una profesión, está a punto de convertirse en un título...”<sup>9</sup>.

Queda entonces el caballero definido como la expresión humana de la guerra medieval, con las implicaciones sociales y militares inherentes a su condición y rango, proyectándose en el tiempo como el epítome guerrero de su época. Resultado de esto será la institucionalización de la caballería en los siglos siguientes, no solamente como parte del sistema bélico predominante, también como reflejo de una sociedad que en algún momento llegará a vivir según códigos caballerescos, ilustrados en el arte militar —mencionado al citar las justas—, y traspasados a la tradición popular y a la literatura de las cortes, en múltiples cantares de gesta y obras de caballería que exaltaron en romance el espíritu de esos guerreros.



Los jinetes del Duque de Normandía, en cerrada formación, parten a cargar contra las fuerzas anglosajonas de Haroldo II. Un claro ejemplo de la importancia táctica dada a la tropa ecuestre en las guerras del Alto Medioevo.

“Los ejércitos compuestos en su totalidad por hombres a caballo ofrecían oportunidades estratégicas que eran inconcebibles para los ejércitos que sólo empleaban infantería. Las chevachées inglesas dentro de territorio francés a lo largo del siglo XIV provocaron un impacto desproporcionado en relación al tamaño de los ejércitos que se veían envueltos en ellas, mientras que el asalto devastador de los mongoles a Europa del este en los años 1241-2, meticulosamente planeado y ejecutado con una coordinación notable, constituye sin duda el máximo ejemplo de Blitzkrieg (guerra relámpago) de la época medieval. Las ciudades, los castillos y los puentes podían ser tomados por sorpresa por una fuerza a caballo, de igual forma que las guarniciones cercadas podían ser socorridas a mayor velocidad...”<sup>10</sup>.

### **Las Formas de hacer la Guerra**

El otro aspecto ya mencionado del sistema bélico medieval, como lo fueron sus fortificaciones, a la vez testimonio material del poder feudal y de una manera particular de combatir, que, aunque se remonta a épocas pre-cristianas en Oriente, reapareciendo posteriormente con los romanos, se refinará hasta alcanzar sus mayores expresiones en

<sup>9</sup> FLORI, Jean. 2001. Caballeros y Caballería en la Edad Media. Barcelona. p. 93.

<sup>10</sup> KEEN, Maurice (Editor). 2005. Historia de la Guerra en la Edad Media. Madrid. pp. 252-253.

este período. Se trata de un tipo de guerra estática, cuestión ya aclarada, dependiente de dos variables que se presentaron de manera permanente a lo largo y ancho de Europa y el Cercano Oriente. La primera de ellas consistía en cuánto era capaz de resistir una fortaleza el asedio a que podía ser sometida, lo cual incluía elementos arquitectónicos, militares y logísticos infra muros. Y téngase presente que hubo campañas de sitio contra lugares fortificados que podían durar hasta un año si su guarnición se encontraba bien aprovisionada, militarmente entrenada y apertrechada para una larga resistencia.<sup>11</sup> La segunda radicaba en la capacidad de vencer a los sitiados que pudieran demostrar aquellos atacantes, ella dependía de los conocimientos y destrezas ingenieriles con que contarán, ya que estaban enfrentados, en la mayoría de los casos, a construcciones hechas para repelerlos de varias maneras, las cuales apelaban a una agresión directa desde las alturas almenadas de sus murallas o aspillerado, donde los defensores solían lanzar rocas, flechas, arena caliente, inmundicias, líquidos hirvientes a veces encendidos, intentando evitar la instalación de escalas y puentes de asalto, como también el trabajo de minado en la base de sus muros, con espesores que llegaban hasta los seis metros en su sección inferior. El problema iría resolviéndose con la aparición de maquinaria diseñada ex profeso y construida in situ, lo que dio a la dialéctica del asedio unos matices mucho más complejos, especializando la guerra y a sus protagonistas. Además, en muchos casos, la sola presencia del ejército sitiador y el despliegue de la operación de asedio, junto a una hábil negociación con las fuerzas defensoras, no hicieron necesario un enfrentamiento directo, demostrando así el carácter disuasivo que logró alcanzar en ciertos momentos.

“Como los sitiadores también podían defenderse, era necesario proteger a los asaltantes cuando sitiaban la ciudad, llevaban a cabo los trabajos de aproximación o realizaban el asalto definitivo. Para ello se cavaban fosos, se construían taludes y empalizadas y, sobre todo, se utilizaban máquinas de aproximación, que eran una especie de contrafortificaciones que permitían dañar a los defensores y al mismo tiempo aproximarse a las murallas...”<sup>12</sup>.

Una necesidad surgida de esta manera de fortificar y defender las plazas fue contar con un tipo de armamento pesado que permitiese resultados efectivos en la guerra de asedio, entonces, y como ya había ocurrido con los medios de asalto, se recurrió a las ideas de la Antigüedad, rescatando el Arte Tormentaria, basado en la

---

<sup>11</sup> “en este tipo de guerra de sitio, las ciudades constituían, en definitiva, obstáculos más insuperables que los castillos aislados. Aun así, la historia de los siglos XII y XIII nos da cuenta de largos asedios de castillos, como la resistencia de la ciudadela de Termes, en el transcurso de la cruzada albigense, dese agosto a noviembre de 1210, o la del krak de los Caballeros en Tierra Santa, que sucumbió a los musulmanes tras un largo sitio, en el curso del año 1271, o la resistencia de Montségur, que se prolongó durante un año (1244) o el sitio de cinco meses que precisó Felipe Augusto para vencer la oposición del Château-Gallard en 1204...” En CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit. p. 127.

<sup>12</sup> CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit. p. 129.

neurobalística.<sup>13</sup> Los resultados fueron sorprendentes tanto por el tamaño o la ingeniería desplegada en estos artefactos, tan simples a ojos actuales, pero estratégicos y efectivos en su momento, muchas veces capaces de decidir entre la victoria y la derrota, más que las propias tropas de infantería destinadas a tomar una fortaleza.

“...Durante el período 1180-1220 se produjeron grandes avances en este campo, gracias a la utilización de estas máquinas con péndulo de contrapesos fijos o móviles en vez de simple tracción humana, que había sido el procedimiento más rudimentario. Modernos experimentos han demostrado que una catapulta manejada por 50 hombres y con un contrapeso de 10t podía lanzar a 150 m piedras de entre 100 y 150 kg, mientras que, en el mejor de los casos, una catapulta de tipo romano sólo podía lanzar a 225 m una piedra de 20 o 30kg...”<sup>14</sup>

Para lograr tal efecto, se perfeccionó una tecnología balística que en ciertos casos recogió los modelos clásicos,<sup>15</sup> con el fin de resolver aquellos problemas tácticos derivados de un tipo de combate como este, ya definido como estático y desgastante, lo cual resulta en un paradigma que identificará a todo el período feudal. La guerra de asedio mantuvo dos modalidades tácticas fundamentales: lograr la rendición de la guarnición defensora o el ingreso de las tropas atacantes, que tomarían posesión de la fortaleza. En la primera se debía apelar a recursos de un carácter menos destructivo que un ataque o asalto directo, cuya dificultad y garantía de éxito dependería en gran medida de las capacidades para resistir de los defensores. Ante esto hubo alternativas muy ingeniosas (generalmente asociadas a la guerra moderna), como la utilización de “armas biológicas” con las cuales propagar enfermedades, matando directamente o presionando psicológicamente a los sitiados. Catapultar cadáveres en descomposición (humanos y animales) y recipientes con toda clase de criaturas ponzoñosas, eran algunos de los medios a los que se recurría con frecuencia durante estas situaciones. Fue igualmente usual

---

<sup>13</sup> Arte Tormentaria, como concepto define a la totalidad de las armas de guerra. Sin embargo es más usual hallarlo asociado a todo aquel armamento pesado anterior a la aplicación de la pólvora en la tecnología militar, cuyo propósito era defender o expugnar fortificaciones. Dentro de este conjunto queda incluida la maquinaria bélica que obtenía su potencia de medios mecánicos, como fue el caso de las catapultas, balistas, trabucos, etc., cuya propulsión dependía de la torsión, tensión, tracción y el contrapeso. En los términos de la física, se aprovechó el principio de palanca, la energía potencial elástica y la energía potencial gravitatoria, accionando mecanismos propulsores de proyectiles, los que variarían de tamaño y diseño según las necesidades del momento y lugar. La referencia a la neurobalística indica una sub categoría dentro del grupo anterior, pues se aplica a la artillería de “cuerda”, impulsada por madejas de cabos torcidos, hechos de crin, tendones animales, lino, arpillera, cuero, etc., muy populares en el Alto Medioevo.

<sup>14</sup> CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit. p. 130.

<sup>15</sup> La obra *Epitoma Rei Militaris*, (Libro IV), de Flavio Renato Vegetio, fue una de las referencias tomadas con más frecuencia por los ingenieros militares de la Edad Media. Harían también lo propio con la obra clásica de Marco Vitruvio Polion, *De Architectura*. Véase KEEN, Maurice (Editor). 2005. *Historia de la Guerra en la Edad Media*. Madrid, y GARCÍA FITZ, Francisco. 1998. *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea*. Madrid.

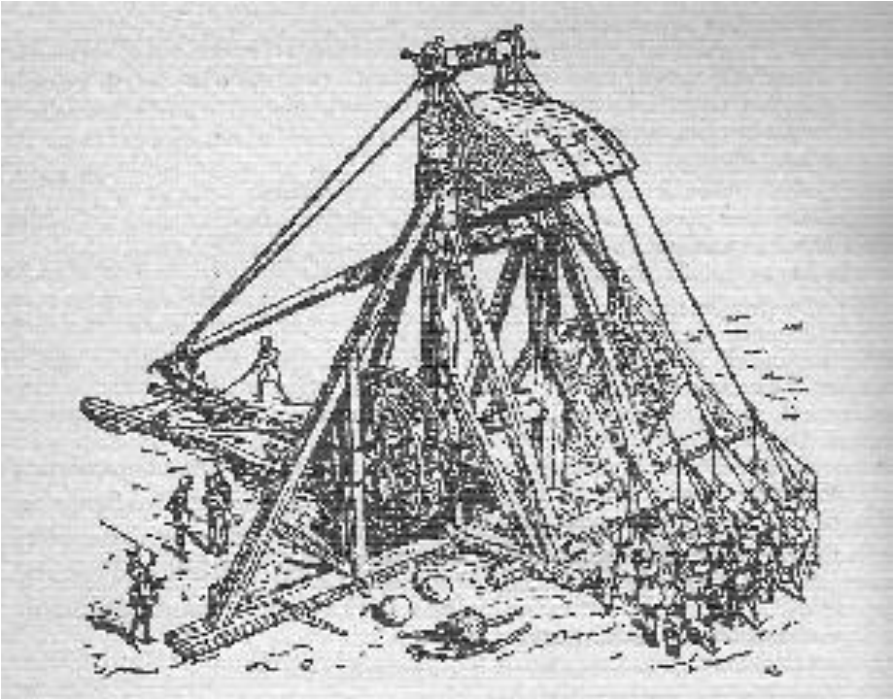
permanecer todo el tiempo necesario sitiando una plaza, forzando así una rendición por agotamiento, sed o hambre. Como se ha señalado en líneas anteriores, hubo ocasiones en que tanto garantías como amenazas para la guarnición bajo sitio surtieron el efecto que en definitiva buscaban las armas dispuestas ante la fortaleza, entonces la diplomacia y negociación se hacían presentes evitándose ulteriores bajas y desperdicio de recursos tácticos en ambos bandos.

“La artillería de trabuco no tenía como único objetivo la demolición y la destrucción de las fortificaciones, sino también el lanzamiento de proyectiles incendiarios, y la introducción de epidemias en las plazas sitiadas lanzando a su interior los cadáveres de animales en estado de putrefacción. En 1332, en el sitio del castillo de Schwanau, los habitantes de Estrasburgo hicieron 60 prisioneros, de los que mataron a 48 y, entre ellos, a tres carpinteros que metieron en toneles junto con diversas inmundicias y los catapultaron al interior del castillo...”<sup>16</sup>.

Cuando se trataba de ataques directos no sólo se catapultaban grandes piedras y elementos incendiarios contra los muros y edificios interiores de los castillos. Hubo máquinas específicamente construidas para socavar la mampostería de las murallas, romper las puertas de acceso y permitir un acercamiento seguro de las tropas a los puntos vulnerables del recinto fortificado, pudiendo con ello asaltar de manera violenta y masiva su interior. Generalmente se utilizaban torres cubiertas de metal o cuero, a las que se agregaban puentes retráctiles y sistemas de acoplamiento a las almenas y partes sobresalientes de la construcción. En otros casos, los aparatos daban protección a quienes realizaban el trabajo de zapa y minado en la base de los muros, pues toda forma de ingreso al interior era válida y no se escatimaban recursos en ella. Es bueno recordar que la conquista de un baluarte no solamente fue un acto de demostración táctica con carácter militar, representaba también el acceso a un botín o rescate y la posibilidad de someter a los eventuales prisioneros que pudiesen ser capturados. Los grados de dificultad para lograr estos objetivos muchas veces quedaron dados por la propia naturaleza arquitectónica de las construcciones defensivas o el relieve adyacente a éstas.

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*



Pieza de artillería neurobalística del tipo trebuchet (trabuquete de contrapeso o almajaneque). El grabado corresponde a un modelo cuyas ruedas, operadas por fuerza humana, hacían bajar su enorme brazo antes del disparo. Los soldados en el otro extremo ejercían fuerza complementaria para aumentar la potencia de los proyectiles.

“El rasgo físico más distintivo de los castillos, su altura, fue, al menos en parte, una consecuencia de su tamaño. No eran lugares de refugio de comunidades al completo y por ello y por ello no precisaban demasiada gente para su defensa ni tampoco era necesario que opusieran masivos muros de tierra al atacante. Así, como se suponía que los castillos pudieran ser defendidos por unos pocos, la manera de asegurar esto era hacerlos pequeños pero altos. La altura los hacía inaccesibles y al mismo tiempo les daba la posibilidad de dominar los alrededores. No era fácil que una guarnición se instalara dentro de un castillo pero, por otra parte, la ventaja era que se podía controlar todo lo que estaba a la vista...”<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> BARTLETT, Robert. 2003. *La Formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*. Universidad de Valencia. p. 99.

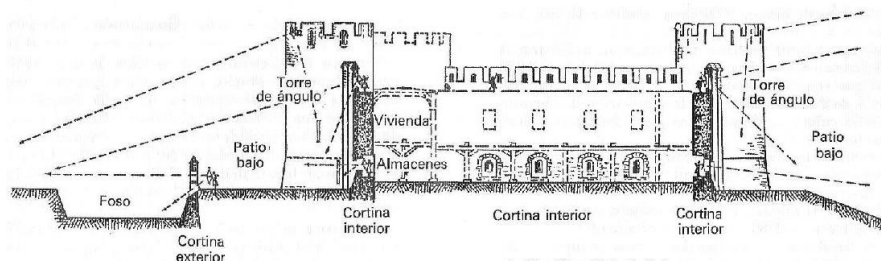


FIG. 2. Corte del castillo  
(Según BROWN (R. A.), COLVIN (H. M.) y TAYLOR

de Rhuddlan, País de Gales  
(A. J.), *History of the King's Works* [8261]

Este corte transversal de un castillo británico indica la estrategia defensiva propia de estas construcciones militares, basada su defensa en una serie de torres, obstáculos y planos abiertos que facilitaban la vigilancia de los perímetros exteriores a las murallas y al mismo tiempo dificultaban el acceso. Ilustración Citada por CONTAMINE, Philippe, *Op. Cit.*, pp.144-145.

La referencia al paradigma bélico del asedio en la Edad Media, como se explicó oportunamente, es tan sólo una muestra de cómo se articularon sistemas tácticos para enfrentar una lucha estática y larga. Pero esto representa solamente una parte de la guerra en el Medioevo, ya que la abundancia de castillos o ciudades amuralladas no obstaculizó el combate terrestre convencional, aunque este no alcanzaría los niveles de intensidad y resultados estratégicos que se vieron en el caso anterior, pues su consolidación, a efectos del avance tecnológico y el del arte de la guerra, no quedaría demostrada sino hasta los episodios de la Guerra de los Cien Años y en adelante.

“Hay que aceptar que la historia militar medieval está llena de batallas que sólo fueron enfrentamientos sin importancia, instintivos y confusos, en los que los jefes desempeñaban el papel de simples conductores de hombres, incorporados, de forma casi anónima, a la primera línea de combate en la que los guerreros se preocupaban fundamentalmente de elegir un adversario digno de su rango de su valor, sin preocuparse para nada de sus compañeros de armas y en las que se aferraban al terreno con una especie de furor sagrado, aunque tuvieran que huir precipitadamente cuando la suerte parecía volverles la espalda, en la que la persecución individual del botín presidía toda la acción y se producían repentinos e irremediables pánicos, seguidos de matanzas indiscriminadas o de la captura masiva de vencidos bruscamente paralizados...”<sup>18</sup>. De todas formas existió un ordenamiento y disposición táctica reconocible en las batallas medievales, lo cual ha sido mencionado por el propio Contamine, señalando tres tipos de dispositivos tácticos: la caballería montada, la caballería desmontada y la infantería. Para el primer caso se reconoce un orden en línea continua con una profundidad variable entre tres o cuatro cuerpos de fondo. Al presentar combate en un campo de un kilómetro de anchura, lo que era frecuente, perfectamente podían desplegarse 1500 a 2000 caballeros. Este conjunto era el responsable del primer enfrentamiento y rompería las líneas enemigas con su primera carga. Comúnmente se las alineaba en torno a una bandera, un jefe o un grito de guerra.

<sup>18</sup> CONTAMINE, Philippe. 1984. *Op. Cit.* p. 286.

“El orden adoptado era muy cerrado y, retomando comparaciones muy corrientes en la época, era preciso que los caballeros y las lanzas estuviesen tan próximos unos de los otros que si se lanzaba en mitad un guante, una manzana o una ciruela, no tenían que caer a tierra, sino sobre las lanzas verticales, o, como también se decía, entre las lanzas “no debía soplar el viento...”<sup>19</sup>.

Queda claro que el sistema de ataque es muy cerrado y compacto, y ha de mantenerse así hasta crear una brecha en el frente opuesto, traspasando eventualmente a la caballería enemiga hasta alcanzar a los infantes que secundan a este cuerpo. Naturalmente estos ataques exigían destrezas especiales en los jinetes, más allá del manejo del armamento, pues como era corriente, solía presentarse batalla en terrenos preparados con anterioridad, instalando en ellos toda clase de obstáculos para los caballos, a fin de disminuir la velocidad y coordinación de las cargas e inutilizar a los animales y sus jinetes.

En lo referente a la caballería desmontada (segunda fuerza táctica definida por Contamine), ha existido la creencia errónea de que su uso sólo se remonta a la Guerra de los Cien Años<sup>20</sup>, período éste, por cierto referencial para muchos artículos de difusión cuyo alcance es limitado en la perspectiva de la época medieval completa. Sin embargo, los antecedentes del empleo de estas fuerzas, se remontan al siglo XII, en Europa y durante las campañas de los cruzados en Tierra Santa. Lo interesante respecto a dicho elemento de combate radica en que es un tipo de tropa con habilidades militares no limitadas exclusivamente a lo ecuestre, o terrestre propiamente tal. Estos soldados eran tan buenos jinetes como combatientes a pie, cuestión tácticamente dual, pero de alcances estratégicos notables, si se le considera en una escala militar más amplia.

“Una vez descendidos de sus monturas, los hombres de armas perdían evidentemente una gran parte de su movilidad y la táctica que se recomendaba, por lo menos hacia finales de la Edad Media, era la de esperar quietos a que el enemigo cometiera la imprudencia de avanzar y de atacar [...] Había que colocar en el centro la “mayor turba” de hombres de guerra, con el estandarte del comandante en jefe; después, a un lado y a otro, arqueros; finalmente, en los dos extremos de la línea de batalla, dos “pequeñas tropas” de hombres de armas; los pajes y las monturas se reunirían y se pondrían a buen recaudo en la retaguardia”<sup>21</sup>.

Queda entonces claro el heterogéneo dispositivo táctico desplegado en un campo de batalla medieval, toda vez que se conoce la volubilidad de las fuerzas empleadas. Además es necesario recordar que no se trata de guerreros distintos para combates distintos; son tipos de

---

<sup>19</sup> Ídem. p. 287.

<sup>20</sup> Se trató de una serie de encuentros bélicos entre las casas gobernantes de Francia e Inglaterra, durante el período 1337-1453 y puede definirse como un conflicto de carácter sucesorio y feudal, que comprometía especialmente los intereses de la Corona inglesa en territorios franceses, cuyo dominio significaba una enorme ventaja geopolítica en el continente. Véase, BARTLETT, Robert. 2003. *La Formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*. Universidad de Valencia, y GRIMBERG, Carl. 1967. *Historia Universal Daimon, Los Siglos del Gótico*. Barcelona, Tomo 5.

<sup>21</sup> CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit. p. 288.

lucha y de combatientes desplegados según el momento e intensidad que cada encuentro exigía. Y si fue obra de la caballería abrir la primera brecha en un frente, o eventualmente segmentarlo, haciéndolo unidades menos fuertes y coordinadas sin su corriente formación de línea, corresponde a los caballeros desmontados enfrentar a la infantería. Esto significa que abandonaron sus monturas y pasaron a otra fase, donde los grupos más críticos son las gentes de a pie, numerosos, pero menos especializados y decisivos que los guerreros montados. Aunque no se les debiera juzgar como una fuerza menor, pues con el correr de los siglos y los avances propios de la guerra, llegarían a transformarse en fuerzas muy destacadas en batalla, tanto por el mejoramiento de sus tácticas como por la evolución técnica del armamento usado en campaña.

Siguiendo con el tercer elemento del conjunto, la infantería propiamente dicha, ésta tendría disposiciones variadas, según las tradiciones, los hombres disponibles, el tipo de adversario y la naturaleza del terreno. Contamine es ilustrativo al describir los órdenes que usualmente se observaban en batalla.

“Se pueden enumerar las siguientes: primero, el dispositivo en forma de “muro”, bastante alargado, con una profundidad sólo de algunos hombres; segundo, el dispositivo circular o en corona, que se usaban entre los suizos, los flamencos, los escoceses[...]; tercero, el dispositivo masivo, en profundidad, en el que no había ningún vacío en el interior de la formación...”<sup>22</sup>.

Lo compacto o extendido de las formaciones, sería finalmente decisión de los comandantes, teniendo en cuenta las variables que se han enunciado anteriormente. Como ejemplo de lo concentrados que podían llegar a ser estos bloques, se sabe que 10.000 soldados (piqueros), ocupaban una superficie de 60 por 60 m. Esto nos da la idea gráfica del desplazamiento de verdaderos “erizos” en el campo de batalla, formación de contención frente a cargas de caballería o de apertura contra otras igual de cerradas filas de infantes. Junto al número de hombres ordenados de esta forma, debe tenerse en cuenta el tipo de arma que utilizaban. Las picas empleadas medían hasta 5.5 m. de altura; detrás de ellas, desde el centro de estas alineaciones salían los alabarderos, cuyo objetivo era herir a los caballos enemigos y eliminar a sus jinetes. El diseño de las alabardas (arma astada de 1.8 m. de altura) permitía perfectamente tal cometido, pues contaba, por un lado, con un gancho que hacía tropezar a las cabalgaduras y un hacha, rematada en punta, para sacar de sus sillas a los caballeros y eliminarlos en tierra.

Esta gente de a pie poseía un arsenal muy variado, donde sobresalía frecuentemente el uso del arco largo,<sup>23</sup> gloria de los ingleses

---

<sup>22</sup> Ídem. pp. 288-289.

<sup>23</sup> “Mucho se ha escrito sobre el impacto de los arqueros ingleses en el siglo XIV, y para algunos historiadores fueron los grandes protagonistas de la denominada “revolución de la infantería”. La presencia de arqueros no era una novedad en la guerra [...] Lo que convirtió a los arqueros en una fuerza devastadora y terrible a lo largo del siglo XIV fue el gran número de hombres reclutados y dispuestos a servir a la corona inglesa, muy hábil al saber explotar con éxito la destreza de sus súbditos con el arco. Un arquero inglés podía disparar quizá media docena de flechas por minuto, produciendo así una tormenta de proyectiles capaz de alcanzar un objetivo a más de 150



en la Guerra de los Cien Años, claramente probados en las Batallas de Crécy y Agincourt,<sup>24</sup> y la ballesta, tan utilizada por los mercenarios al servicio de Francia en ese enfrentamiento; pero arma infame y execrada canónicamente por el propio Papa, pues no había honor ni misericordia en su uso entre cristianos.<sup>25</sup> Esta sanción eclesiástica tuvo una interpretación ambigua, llevando a que se respetara dicho mandato de manera desigual, dependiendo de las circunstancias, el lugar y la época. Por otra parte, no existió ninguna prohibición de su uso contra los infieles. Ambas son armas de disparo donde la efectividad queda sujeta a factores directos como la potencia y destreza de los tiradores. En atención a esto, cada bando tomaría la correspondiente ventaja ofrecida por cada una, desarrollando tácticas con las cuales sacar mejor provecho en batalla a su número, distancia letal efectiva de disparo y las circunstancias propias del combate.

“A pesar de toda la potencia desplegada por el largo arco inglés a partir de mediados del siglo XIV, la ballesta tuvo una influencia más prolongada sobre la guerra a lo largo del medioevo y puede haber sido el verdadero estímulo detrás de la aparición del casco completo y del desarrollo de la armadura de hierro en el siglo XIII. La ballesta había sido conocida y utilizada ampliamente a partir de mediados del siglo XI. Durante el siglo XIII fue mejorada de forma que su uso se generalizó en toda Europa; a partir de ese momento fue el arma de proyectil más importante en muchas partes de la cristiandad. “Aunque no era un arma de disparo rápido, y quizá era más adecuada para la guerra de asedio que para el campo de batalla, era muy poderosa y versátil, exigía una menor fuerza física y menor entrenamiento que el arco. La cota de malla ofrecía poca protección contra los proyectiles de la ballesta y, dado que estas armas construidas en el siglo XV podían desarrollar una energía equivalente a mil libras (la cuerda era tensada mediante un mecanismo

---

metros, haciendo vulnerables a los caballeros pero, sobre todo, a los caballos causando al mismo tiempo confusión y pérdida del orden de batalla de las formaciones atacantes. A medida que las armaduras de hierro se perfeccionaban, también surgieron nuevas flechas capaces de atravesarlas. Lejos de quedarse atrás por los adelantos de la tecnología de las armaduras, el arquero inglés, en particular si iba a caballo, se convirtió en un combatiente versátil que podía ganarse el sustento como soldado. El arco no era un arma cara (podían comprarse por un chelín), aunque los mejores estaban fabricados de madera de tejo importada de España o Italia”. Este ilustrativo párrafo es obra de Andrew AYTON, Profesor titular de Historia en la Universidad de Hull, Inglaterra. Es parte de KEEN, Maurice (Editor). 2005. Op. Cit.

<sup>24</sup> Este último episodio (25 de octubre de 1415), constituye junto con la Batalla de Crécy (26 de agosto de 1346), uno de los ejemplos más representativos del empleo de una infantería muy diestra en el uso del arco largo (longbow), permitiendo con esto contener los avances de la caballería francesa, asegurando así la victoria inglesa. Véase, KEEN, Maurice (Editor). 2005 Op. Cit.; GRIMBERG, Carl. 1985. Historia Universal. Santiago de Chile. Tomo XI. Con el nombre de Azincourt, en CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit.

<sup>25</sup> Durante el II Concilio Ecuménico de Letrán, convocado por el Papa Inocencio II, en abril de 1139, se prohibió el uso del arco y la ballesta contra cristianos, declarándose “arma maldita por Dios”, condenando al anatema a quienes no obedeciesen dicho mandato (Canon 29). Véase, CONTAMINE, Philippe. 1984. Op. Cit., y BARTLETT, Robert. 2003. Op. Cit.

de torno o molinete), es probable que mantuviese su posición de dominio como arma para la penetración de las armaduras frente al arco largo.”<sup>26</sup>

Si bien se han comentado los medios ofensivos individuales más difundidos en la Edad Media, éstos son sólo parte de un conjunto tan diverso como lo propios combatientes, sujeto su empleo a los esquemas tácticos desarrollados a lo largo de todo el período. Más adelante se revisará el arsenal de los guerreros con la debida atención, pero antes es necesario detenerse en aquellas piezas defensivas con las que protegerse de arqueros y ballesteros. Entre ellas sobresale la cota de malla (*lorica hamata*, *hauberk*), por ser un tipo de armadura relativamente cómoda y confiable, utilizada tanto por jinetes como infantes, quienes protegían su cabeza, torso y parte superior de los muslos bajo el denso anillado de su trama metálica.<sup>27</sup> Conocida desde el Imperio Romano, esta protección habría sido inventada alrededor del siglo V a.C. por tribus guerreras celtas y era usada sobre un jubón acolchado (*gambax*, *prepunte*, *velmez*) que amortiguaba los impactos de proyectiles y golpes de instrumentos afilados.

“...En el siglo XI, la pieza más costosa del equipo de un soldado, dado que su fabricación exigía un trabajo especializado y muy laborioso con unos materiales que cuyo suministro escaseaba, era el jubón confeccionado en cota de malla, la armadura flexible formada por cerca de 25.000 anillos, que venía a costar [...], “algo así como los ingresos de un pueblo grande...”<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> KEEN, Maurice (Editor). 2005. Op. Cit. pp. 262-263.

<sup>27</sup> Eran necesarios entre 25.000 y 40.000 anillos metálicos para confeccionar una de estas prendas de combate, pesando en promedio unos 12 kg. Consistía en una red de protección corporal donde cada anillo de hierro, remachado en sus extremos, se conectaba con otros cinco, diseño que permitía la menor exposición posible del cuerpo y la mayor movilidad al soldado. Como se ha explicado, resultaba vulnerable a los dardos de ballesta y ciertas puntas de flecha, diseñadas expresamente para romper sus uniones forjadas y herir o atravesar al combatiente.

<sup>28</sup> KEEN, Maurice (Editor). 2005. Op. Cit. pp. 240-241.

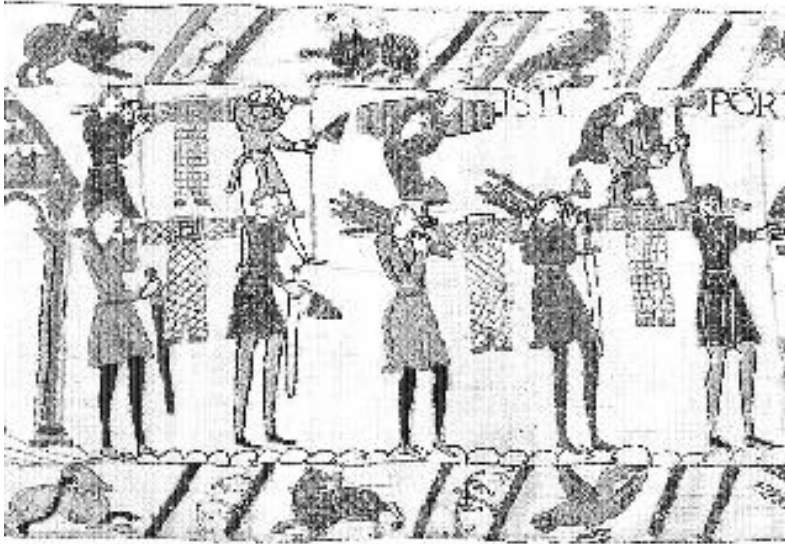


Imagen del Tapiz de Bayeux que muestra a auxiliares normandos transportando de una forma muy práctica las pesadas cotas de malla; se ven igualmente yelmos con protección nasal, hachas y espadas, el arsenal básico de estos guerreros.

Una variación de este medio defensivo fue proteger al guerrero con una especie de túnica de cuero a la que estaban cosidas miles de placas metálicas o piezas de asta (*lorica squamata*), de manera imbricada como si se tratase de las escamas de un pez. Fue probablemente evolución de la armadura de láminas (*lorica segmentata*), utilizada por los romanos, pero caída en desuso un par de siglos después de Cristo. La cota de malla y la de escamas en menor medida, fueron, prácticamente, las únicas piezas defensivas individuales presentes en la guerra europea hasta la aparición de armaduras completas de metal laminado, a partir del siglo XIV.

De muy poco servirían tantas prevenciones si las fuerzas de infantería o caballería no hubiesen cubierto adecuadamente sus cabezas en el fragor de la lucha. Los artesanos forjadores de armaduras también fabricaron los cascos con que se protegían estos combatientes altomedievales. Aquellas protecciones eran forjadas desde una sola lámina de hierro batido. Estas piezas cónicas poseían un apéndice nasal que debió evitar los golpes y cortes directos a la parte más prominente del rostro y los ojos, detalle revelador de la frecuencia e intensidad del combate cuerpo a cuerpo. En complemento a dicha función se los usaba sobre el capuchón de la cota, que aumentaba las áreas cubiertas ente la parte superior de la espalda y la nuca.

“Durante el siglo XI y principios del XII fueron casi generales las variaciones en torno a un casco base cónico, con o sin protección nasal y hecha a partir de una pieza de hierro o de secciones unidas de diferentes maneras, aunque en algunas regiones también se usaban cascos más bajos con punta redonda. Hacia el año 1200 había hecho aparición el “casco grande” con la punta lisa, convirtiéndose en más general y pesado durante el siglo XIII. Los pasos iniciales de su evolución están documentados en fuentes pictóricas, empezando por la adición de un visor a un casco cónico ordinario, o incluso con la

progresiva anchura de la protección nasal. Los cascos con la punta plana, lejos de ser la aberración tecnológica que han sugerido algunos estudiosos, fueron una respuesta a la amenaza horizontal para la cara y el cuello por parte de la lanza apoyada, una flecha o un dardo de ballesta. Obviamente, eran menos eficaces contra un golpe descendente de una espada o una maza, lo que, por ello, debe haber sido considerado una amenaza menor durante ese período”<sup>29</sup>.

Junto a lo anterior, el escudo siguió siendo la pieza defensiva más simple, con variaciones de tamaño que para la época de la conquista normanda de Inglaterra podían ir, en el caso de los oblongos, hasta cubrir el pecho del combatiente, o los circulares, a la altura de la cintura. En ambos casos eran estructuras de maderas resistentes como el roble, tilo, fresno o haya, ribeteados con un aro de metal remachado que les permitiría mantener su forma; en el centro una pieza metálica con forma de tazón tenía un propósito decorativo y funcional, pues guarnicionaba el puño que le sostenía desde la parte posterior, junto a tiras de cuero que sujetaban el antebrazo. Su construcción era análoga a lo que hoy conocemos como madera terciada, donde las piezas estructurales del tablero van dispuestas en capas opuestas a noventa grados para garantizar su rigidez. Cubiertos de cuero, láminas metálicas o simplemente pintados con un vivo colorido y los símbolos propios de su portador, irían modificándose y eventualmente desapareciendo, en la medida que se perfeccionaban las armaduras y aparecía el arma de fuego, inútiles frente a su poder.

La espada del guerrero es un elemento cuyo significado ha trascendido totalmente al de una mera arma, empleada en la guerra de todos los tiempos pre industriales, aunque valdrá la pena decir que los sables de la caballería brillaron por última vez en las cargas de la Primera Guerra Mundial, en pleno siglo XX. Antes, desde que los fundidores neolíticos de la Fértil Media Luna vaciaran sus rústicas hojas en cobre, o los expertos herreros árabes de Damasco multiplicaran la densidad del reluciente acero que refinaban en sus forjas, con cualquiera de las formas que haya podido adoptar, la espada representa virtualmente el alma de los soldados. De simples objetos de metal afilado pasaron a ser símbolos del poder y el valor de los caballeros, proyectándose en las hazañas de muchos de los grandes personajes vinculados con la guerra en Occidente.

“...Tanta importancia tiene la espada que, al igual que el caballo, posee nombre propio en los poemas épicos...”<sup>30</sup>.

Por citar un caso específico, algunas espadas medievales de la época normanda y luego en las Cruzadas, tenían longitudes variables (90-100 cm.), oscilando su peso entre los 1.000 y 1.800 gramos. En general su diseño no presentaba grandes variaciones, siendo una lámina

---

<sup>29</sup> NICOLLE, David. 1994. Los Normandos. Madrid. p. 5.

<sup>30</sup> La referencia corresponde al artículo de Luis Rojas Donat “El Hombre Medieval y la Guerra: Aproximación”, comentado al inicio del artículo. El investigador ha señalado la costumbre medieval de individualizar con nombres propios a estas armas. En ese estudio, la frase que se cita aquí lleva un pie de página donde están indicados aquellos universalmente célebres casos: la Yoyeuse de Carlomagno, la Scalebor del Rey Arturo, la Flanberga de Bradimar, la Durandal de Rolando, Tizón y Colada del Cid.

con filo a “dos aguas” acanalado en el centro. Este detalle se ha prestado para algunas interpretaciones un tanto ambiguas, creyendo algunos que permitía hacer una buena sangría en las heridas producidas con ella, atribuyéndose a esto mayor letalidad. Sin embargo, es de consenso entre los investigadores de la tecnología militar medieval que aquella característica no pasaba de ser una forma de aligerar la hoja y permitir una mayor comodidad al combatiente cuando la maniobraba. La empuñadura pudo ser de hueso, madera o cuerno, recubierta en cuero, facilitando así el agarre. Ésta se remataba en un pomo redondo u oval para equilibrarla. Algunas fueron rubricadas con inscripciones en que se indicaba el nombre del dueño, alguna frase de carácter religioso a manera de talismán o la mención de quién la fabricó, y con eso algunos talleres alcanzaron gran fama en occidente, destacando ciudades europeas como Toledo en España, Turín en Italia y Solingen en Alemania, que durante varios siglos mantuvieron un elevado arte de armeros, llegando esa tradición hasta nuestros días con técnicas muy poco modernizadas y preindustriales aún. Mediante el proceso artesanal de forja han debido invertirse más de 200 horas/hombre para obtener una de estas espadas, lo cual supera el tiempo invertido en hacer una cota de malla.



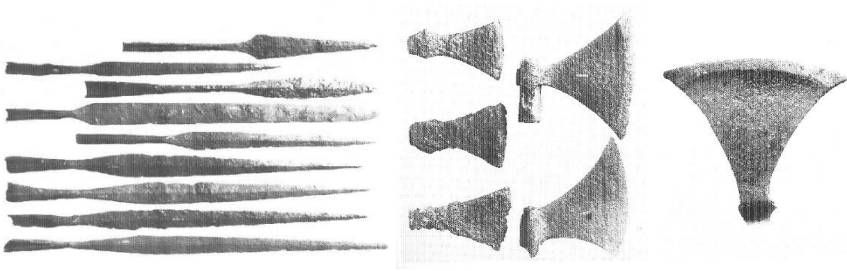
Fotografía de Una espada normanda del Siglo XI. En ella se pueden apreciar las características fundamentales de este tipo de arma blanca en todo el período medieval.

En ocasiones se fabricaban siguiendo un complicado proceso en el que intervenían técnicas de forjado espiral o de “sándwich”, obteniéndose el núcleo al que luego se agregaban bordes de un metal más duro. A lo largo del siglo XI muchas espadas estaban hechas de una combinación de hierro y acero de mejor calidad. La dureza de este último tendía a hacer quebradiza la hoja, por tanto el trabajo de los forjadores buscaba el equilibrio entre ambos componentes, con el resultado de una muy estable combinación de dureza y flexibilidad.

Desde el momento mismo en que los nobles guerreros blandieron sus aceros para defender a la Cristiandad, a sus señores, al botín..., las hazañas épicas de las crónicas elevan a grados heroicos los tajos dados al enemigo, al infiel, etc. Esto resulta interesante y revelador al mismo tiempo, indicando la manera de usar esta arma, que claramente por su forma, tamaño y peso, no es de estocada, es de golpe. Aquí un punto importante, relacionado directamente con la forma de combatir, pues la longitud de la espada, sumada a la masa que desplaza en su caída angular, otorga una potencia de impacto considerable, resultante en la efectividad durante la lucha entre jinetes y tropas a pie, más si se está enfrentando a combatientes cubiertos de armadura. Ocurrirá algo comparable en los encuentros contra otro caballero en actitud similar, agregándole mucho mayor fuerza la velocidad del caballo al galope.

Vista en las justas, campos de batalla y triunfales marchas de mercenarios en el apogeo del siglo XVI, la lanza era la otra gran arma del caballero y del infante. Tan antigua como la espada, su uso táctico recorre la historia militar hasta la primera época de la pólvora, e incluso se le empleó masivamente bien entrado el siglo XVII, en la Guerra de los Treinta Años; acompañando el prólogo de las armas largas de fuego se la encuentra en forma de bayoneta. También se le puede hallar en versiones contemporáneas, recordándonos las atávicas costumbres de la cultura militar occidental. Hoy vemos ondear nuestras banderas en el asta rematada con una punta de lanza, y muchas ceremonias, no sólo militares, rinden honores a coloridos pabellones dispuestos así.

“El arma favorita del guerrero era la espada cortante de doble filo y recta. La otra arma principal del caballero era la lanza, consistente en un tallo ordinario de fresno, de unos ocho pies de longitud en cuyo extremo llevaba embutida una cabeza de hierro triangular o en forma de hoja. Podía ser lanzada como una jabalina, utilizada para ensartar por encima del brazo, o por debajo (“couché”) del sobaco derecho y a ras contra el enemigo, poniendo toda la fuerza del caballo y jinete en la punta del hierro. Cuando era utilizada en una carga organizada, con los jinetes cabalgando rodilla con rodilla, tal impacto era extremadamente eficaz...”<sup>31</sup>.



Las fotografías superiores muestran diferentes diseños de puntas de lanza y cabezas de hacha. Ambas armas alcanzaron altos niveles de especialización según las necesidades del combate y los adelantos en la fabricación de armaduras.

Junto a los dos elementos antes descritos en la categoría de armas ofensivas simples y de mayor difusión dentro del período medieval, existen otras tantas excluyendo las jabalinas, alabardas y picas, de las que se habló en párrafos anteriores, integradas a la dimensión táctica con que se utilizaron. Ahora bien, si se sigue el orden de importancia para la categoría de armas cortantes, a continuación de las espadas está el hacha de guerra (*securis*, *securis missilis*, *francisca*, *bipennis*). Su forma evolucionó en el norte de europeo y la mayoría de los pueblos célticos la conocía, por tanto estuvo presente en los arsenales de Europa desde la Antigüedad. Al llegar el siglo XI, los anglosajones tenían algunos tipos más o menos especializados de diseño.

“La diferencia principal entre las armas de los ingleses y las de los normandos estaba en la utilización del hacha por los primeros. En los tapices se muestran dos clases de hachas de combate. La primera era el hacha danesa, que tenía un borde cortante de aproximadamente cuatro

<sup>31</sup> GRAVETT, Christopher. 1994. *Hastings 1066*. Madrid. p. 22.

pulgadas montada en un mango ligero, que podía blandirse con una sola mano. Sin embargo el hacha más popular era la ancha. Esta tenía un borde cortante de diez pulgadas o más, iba montado en un mango grueso de unos tres pies de largo y era más eficaz cuando se blandía con las dos manos.<sup>32</sup>

El hacha de combate se ha hecho también conocida por asociársele a los guerreros nórdicos. En este caso particular es de un tipo bifacial llamado francisca, con un peso de 1.2kg.; mango de 40cm., y una longitud de hoja de 18cm. Se le podía transformar en arma arrojadiza lanzándola de tal modo que pudiese girar sobre sí misma, llegando a impactar con precisión a 12 metros de distancia.

Seguramente recordar esta arma en particular evocará batallas demasiado sangrientas, según el criterio contemporáneo, peleadas incluso hasta mediados del siglo XVII o macabras imágenes de centenares de cuerpos mutilados y descuartizados. Surgirá entonces la pregunta lógica de cómo se condenó tan severamente al arco y la ballesta, mientras estaba permitido su empleo con total libertad entre cristianos y los soldados morían despedazados bajo las hojas de estos instrumentos. La respuesta no apela a un especial gusto por la sangre o el deleite con las muertes horribles, que sería lo más simple y reduccionista. Concretamente se relaciona con el espíritu guerrero del Medioevo y las tradiciones militares germánicas, privilegiando y honrando el combate cuerpo a cuerpo, el contacto directo entre los guerreros. Lo último fue el ethos de la caballería medieval, mientras su poder predominó a lo largo de las guerras. La infamia del arquero o ballestero radica en lo contrario, matar a distancia, sin saber a quién se está matando ni quién ha matado. La psiquis bélica se manifiesta en un hecho tan simple que sin embargo es clarificador. Desde otro punto de vista, el técnico, aplicar el principio de la palanca a través de un mango largo a una cuña de metal en su extremo, claramente superará en rendimiento y potencia los golpes de la espada. Si se tiene en cuenta el constante avance y mejoramiento en la fabricación de armaduras, el hacha sigue siendo muy funcional a las necesidades tácticas de la guerra medieval.



En la imagen superior se observa a soldados de infantería normandos utilizando hachas contra combatientes anglosajones a pie y montados, una muestra de la versatilidad y eficacia de este instrumento cortante basado en los principios de cuña y palanca.

La necesidad de vencer a enemigos cada vez mejor protegidos va mostrando otras armas surgidas de combinar simpleza y efectividad, como es el caso de las mazas de guerra, elementos análogos en

<sup>32</sup> Ídem. p. 34.

funcionamiento a las hachas, pero carentes de una parte afilada, sustituida en ciertos casos por grandes y agudas puntas de hierro, bolas del mismo metal y cualquier forma que permitiese derribar e inhabilitar a los acorazados combatientes. Tal como ocurriera con el instrumento anterior, la fuerza del galope aumentaba de considerable forma la potencia de sus golpes, llevándola a un uso compartido por las gentes de a pie y las montadas. Perfectamente pudo acompañar a la lanza y la espada sobre las monturas y su uso también se lució en justas como parte de la ingeniosa y variada panoplia del Medioevo.

Después de comentado el caso de la cota de malla, indicando su importante rol como elemento de protección, ofreciendo mejor movilidad y mayor comodidad al soldado pedestre y ecuestre, esta pieza de tecnología militar medieval halló su némesis en la daga, corta en relación con las espadas, manejable y simple, de perfil triangular y cuadrado, también llamada misericordia, dio más posibilidades de daño a quien la manejara con destreza contra el guerrero de cota. Seguramente evolucionó su diseño a partir de muchos ensayos y errores, hasta llegar a uno capaz de abrir los amillos del entramado metálico, penetrando a las partes vitales de sus aparentemente seguros usuarios. Utilizarla en combate obligaba al encuentro cuerpo a cuerpo, siempre buscando puntos vitales y de conexión arterial, preferentemente ingle, axilas y cuello, con tal de inferir estocadas mortales sin necesidad de un recurso más grande o complejo.



## **CONCLUSIÓN**

El conjunto de las armas, los soldados, el combate y las construcciones militares del Alto Medioevo, observados en la realidad centroeuropea del siglo XI, muestra sólo una de las tantas caras presentes en el fenómeno bélico a través de la Historia, no obstante, ilustra los niveles de complejidad militar propios de un tiempo donde hubo guerra constante, secular como se dijo al principio, expresada en formas variadas y variables, sujeta a los devenires políticos, los intereses económicos, la lucha religiosa, etc., pero reflejo de una manera de vivir y de ser que marcó indeleblemente a Occidente. Esta época tampoco se excluye de la permanente evolución tecnológica que acompaña las actividades militares, fenómeno presente hasta el tiempo actual, donde, empleando un concepto contemporáneo, siempre se están creando contramedidas, sean éstas medios defensivos u ofensivos que puedan superar la capacidad y tecnología del adversario, y en definitiva, marcar la diferencia entre victoria y derrota.

La elección del momento cronológico analizado, ha sido deliberada en la medida de poder examinar la guerra medieval desde un punto intermedio en el trazo de los diez siglos que abarca, quedando — en sentido estrictamente militar—entre la total desaparición de las complejas y especializadas estructuras militares de un Imperio Romano en decadencia, cuyos ejércitos, desde las fronteras hasta el centro, fueron adoptando las usanzas de quienes tenían por enemigos y la sucesión de campañas militares que conocemos como Guerra de los Cien Años, promotora del concepto de ejército profesional, el empleo de las armas de fuego, la especialización del combatiente, al que con toda propiedad podría llamarse fuerza de elite bajo la acepción moderna del término a partir de entonces. En aquella medianía surge este período de enorme riqueza e importancia para la denominada cultura militar, sobre todo cuando requerimos aportar información referente a un tipo de milicia donde se combinaron capacidades y destrezas humanas en el campo de batalla, junto a perceptibles mejoras en lo técnico, cuya valoración táctica merece mucho mayor atención y ponderación, pues es cuando se practicó la guerra cuerpo a cuerpo, jinete contra jinete, espada contra espada, sin atisbo alguno del uso de la pólvora en el combate. Fue otro género de guerra. Se suma a ello la variedad de modelos culturales y sociales propios de cada pueblo involucrado, así como el despliegue y evolución tecnológica inherente a las armas y sus uso, pero por sobre todo, ahí se encuentran características particulares que formaron parte del carácter militar europeo a lo largo de varios siglos posteriores, creando paradigmas y referentes cuya presencia en el arte militar fue desplazada únicamente por la revolución de las armas de fuego a partir del siglo XIV.

## REFERENCIAS

- BARTLETT, Robert. 2003. La Formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350, Universidad de Valencia.
- BENNETT, Matthew & HOOPER, Nicholas. 2001. Atlas Ilustrado La Guerra en la Edad Media, 768-1492. Madrid.
- BENNETT, Matthew et al., 2007. Técnicas Bélicas del Mundo Medieval, 500-1500 d. C. Equipamiento, Técnicas y Tácticas de Combate. Madrid.
- BENNETT, Matthew (editor). 2010. La Guerra en la Edad Media. Madrid.
- CHESTERTON, G. K. 1960. Pequeña Historia de Inglaterra. Buenos Aires, Editorial Sol 90.
- CHESTERTON, G. K. 2004. Historia Universal, Volumen 7, La Alta Edad media y el Islam, Barcelona.
- GRIMBERG, Carl. 1967. Historia Universal Daimon, Los Siglos del Gótico. Tomo 5. Barcelona.
- CONTAMINE, Philippe. 1984. La Guerra en la Edad Media. Barcelona.
- DEVRIES. 2003. Medieval Militar Technology. Broadview Press.
- FLORI, Jean. 2001. Caballeros y Caballería en la Edad Media. Barcelona.
- FULLER, John Frederick Charles. 1964. Batallas decisivas del Mundo Occidental, vol. I: Desde los Tiempos más Remotos a la Batalla de Lepanto. Barcelona.
- GARCÍA FITZ, Francisco. S/A. La Batalla En La Edad Media. Algunas Reflexiones. Revista de Historia Militar, Separata A La Revista N° 100. Instituto de Historia y Cultura Militar. Ministerio De Defensa, Madrid.
- GARCÍA FITZ, Francisco. 1998. Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea. Madrid.
- GARCÍA FITZ, Francisco. 2006. La Composición De Los Ejércitos Medievales, XVII Semana de Estudios Medievales. Nájera, del 31 de Julio al 4 de Agosto de 2006.
- GLOVER, R., 1952. English Warfare In 1066. The English Historical Review, January (CCLXII) NICHOLSON, H., 2004. Medieval Warfare: Theory And Practice Of War In Europe, 300-1500. Palgrave Macmillan.
- GRAVETT, Christopher. 1994. Hastings 1066. Madrid.
- HAGEN, Rose-Marie & Rainier. 2005. Los Secretos de las Obras de Arte, Tomo I. Colonia.
- KEEN, Maurice (Editor). 2005. Historia de la Guerra en la Edad Media. Madrid.
- LOCKYER, Roger, SMITH, David, THORN, John. 1962. Historia de Inglaterra. Santiago.

*El arte militar medieval*

MUSSET, Lucien. 1968. Las Invasiones, el segundo asalto contra la Europa cristiana. Barcelona.

NICOLLE, David. 1994. Los Normandos. Madrid.

NICOLLE, D. 1995. Medieval Warfare Sourcebook, Arms And Armor. London.